

LA NOCIÓN DE CAUSALIDAD EN SIGMUND FREUD

SIGMUND FREUD'S NOTION OF CAUSALITY

Héctor Blas Lahitte*
Maximiliano Azcona**
Vicente Ortiz Oria***

Universidad Nacional de la Plata
Universidad de Salamanca
La Plata-Argentina

Recibido 8 de agosto 2011/*Received August 8, 2011*
Aceptado 30 de enero 2012/*Accepted January 30, 2012*

RESUMEN

Este trabajo examina la noción de causalidad en la obra de Sigmund Freud, situando dicho tópico en el contexto más general de las discusiones filosóficas y científicas inherentes a la física del siglo XX. El desarrollo se llevó a cabo analizando hipótesis explícitas y examinando los grados de articulación y coherencia alcanzada. Incluiremos este punto de vista en el marco de ciertas premisas de la Epistemología Relacional.

Palabras Clave: Causalidad, Freud, Epistemología, Psicoanálisis.

ABSTRACT

This paper examines the notion of causality in the work of Sigmund Freud, placing this topic within a broader context of philosophical and scientific discussions inherent to twentieth century physics. The development was carried out by analyzing explicit hypotheses and examining the degrees of articulation and coherence achieved. We will include this point of view within the framework of some premises of Relational Epistemology.

Key Words: Causality, Freud, Epistemology, Psychoanalysis.

* Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata. Avenida 122 y 60. La Plata. Buenos Aires. Argentina. E-mail: lahitte@fcnym.unlp

** Facultad de Psicología. Secretaría de Ciencia y Tecnología (SeCyT). Universidad Nacional de La Plata. Complejo Universitario. Funes 3250. Cuerpo V-Nivel III. C.P. 7600 Mar del Plata-Buenos Aires. Argentina. E-mail: azconamaxi@hotmail.com

*** Facultad de Psicología. Universidad de Salamanca. Avda. de la Merced 109-131. C.P. 37005 Salamanca. España.

I. INTRODUCCIÓN

“¿Es el azar un producto de la ignorancia o un derecho intrínseco de la naturaleza?”
(Wagensberg, 1986, p. 10).

A principios del siglo XX la física cuántica abordó el problema de la causalidad. Uno de los interrogantes centrales que volvía a ser planteado era si el azar es efecto de nuestra ignorancia o si es una propiedad de la naturaleza; dicho en otras palabras, si es lícito seguir creyendo en el clásico principio de causalidad¹.

En ese marco, Niels Bohr (1930) y Werner Heisenberg (1927) se apoyaron en la imposibilidad de predecir con certeza el comportamiento futuro de una partícula subatómica para encarnar la visión indeterminista de la ciencia. Postura que encaminó gran parte de la física a la formulación de leyes estadísticas más que de relaciones invariables entre fenómenos.

El espíritu de la lectura de los referentes subatómicos (Interpretación de Copenhague) ha sido extrapolado a diversos dominios cognitivos, presuponiendo que el principio de causalidad era una hipótesis refutada². Surgió así la posibilidad de realizar construcciones teóricas legítimas que contemplen la suposición indeterminista, concibiendo al azar ya no como un déficit cognitivo sino como una propiedad ontológica.

Debido a que el psicoanálisis ha nacido y se ha desarrollado en el contexto de estas discusiones epistemológicas y considerando la ambivalente relación de Freud con la filosofía (Assoun, 1982a), es posible interrogarnos sobre la posición de este, a propósito del problema de la causalidad. En lo que sigue intentaremos dilucidar los supuestos que implícitamente fundamentaron, en lo que a la causalidad respecta, su propuesta teórica.

No debemos olvidar que, pese a la aparente independencia del problema de la causalidad, este tópico está íntimamente ligado con otros problemas filosóficos ineludibles. Partimos del recorrido iniciado en una línea que apunta a la circunscripción de los fundamentos filosóficos freudianos y su vínculo con ciertas tradiciones que han continuado sus ideas, dentro y fuera del psicoanálisis. En ese sentido, creemos

¹ Platón enunció el principio de causalidad afirmando que *“todo nacimiento sin causa es imposible”* (trad. 2005); para Aristóteles, la relación causal (que es una relación racional) era necesaria: *“la naturaleza no hace cosa alguna sin un motivo razonable y en vano”* (trad. 1996). Su necesidad depende de la identidad del ser sustancial, por la cual lo que es no puede ser diferente a como es. De este modo, dilucidar la causa es comprender la conformación de una sustancia, comprender por qué es lo que es y no puede no ser lo que es. Este supuesto de un orden necesario del mundo en el que todos los sucesos encuentran su lugar en la gran cascada causal, es una idea que se mantuvo legitimada desde la antigüedad hasta la organización de la ciencia moderna.

² Por otro lado y pese a la importancia de la Interpretación de Copenhague, ha habido teorías rivales que, en su lectura de los fenómenos cuánticos, aducen la existencia de “variables ocultas” y pretenden preservar así el principio de causalidad. En una posición intermedia, muchos siguen sosteniendo que la interpretación de Copenhague es apenas una restricción de la causalidad newtoniana y que no implica la destitución total del determinismo. En todo caso, debería recordarse que cualquier respuesta a la pregunta de si la teoría cuántica implica la refutación del determinismo depende no solo de la definición del determinismo adoptada sino también de la lectura que se haga de dicha teoría.

que una dilucidación deconstructiva de dichos fundamentos solo puede ser llevada a cabo de manera interrelacionada. Si bien aquí nos ocuparemos exclusivamente del problema de la causalidad en Freud, sus implicaciones adquirirán pleno valor en tanto y en cuanto se las reintegre al conjunto mayor del cual fueron extraídas.

II. EL DETERMINISMO FREUDIANO

“Si al preguntado se le ocurre esto y no otra cosa, les ruego que lo respeten como a un hecho”
(Freud, 1916, p. 96).

Es el espíritu de la ciencia moderna lo que Freud adopta como ideal a ser alcanzado por el psicoanálisis naciente. Por este motivo su conceptualización del aparato psíquico se basó en las teorías más influyentes de las ciencias naturales de su época.

La utilización freudiana de ciertas teorías (químicas, físicas y biológicas, por ejemplo) pareciera haberse extendido a la adopción de algunos supuestos filosóficos que subyacen implícitamente en aquellas. Este trabajo se focaliza en el análisis de uno de tales presupuestos: la idea de causalidad.

Sostendremos la siguiente hipótesis: cuando Freud habla de determinación fenoménica lo hace en dos sentidos que merecen ser precisados y discriminados. En un primer sentido, Freud pareciera hablar de “determinación” de los fenómenos psíquicos para referirse a que dichos fenómenos pueden explicarse siguiendo un modelo nomológico subsuntivo. Un segundo uso de la noción de “determinación” implica un posicionamiento determinista desde el punto de vista metafísico.

II. A) La determinación de los fenómenos psíquicos

En numerosas oportunidades en las que Freud habla de determinismo, lo hace refiriéndose a la posibilidad de encontrar explicaciones científicas para los fenómenos en consideración. Él se encarga de afirmar que esta idea fue empuñada para atacar la suposición (común en su época) de que existen fenómenos psíquicos insignificantes, como los sueños y los actos fallidos.

Freud (1901) rechaza, en sus textos, la hipótesis de que existen acciones realizadas por el yo sin explicación motivacional: “Cuando desdeñamos una parte de nuestras operaciones psíquicas por considerar que es imposible esclarecerlas mediante representaciones-meta, estamos desconociendo el alcance del determinismo en la vida anímica” (p. 234). Esta formulación general fue particularizada para cada uno de los diversos fenómenos psíquicos de los que se ocupó. Independientemente de las características específicas y diferenciales de cada uno de ellos (chiste, síntoma, sueño, vivencias infantiles, etcétera), la hipótesis explicativa de Freud tiene un alcance general y se constituye como crítica a la supuesta insignificancia de dichos fenómenos así como al supuesto libre albedrío del yo en sus elecciones conscientes:

El carácter común a todos los casos (...) reside en que los fenómenos se pueden reconducir a un material psíquico incompletamente sofocado, un material que, esforzado a apartarse de la conciencia, no ha sido despojado de toda su capacidad de exteriorizarse (Freud, 1901, p. 270).

El determinismo al que en estos pasajes se alude no pareciera remitir tanto a una concepción metafísica específica cuanto que a la posibilidad de subsumir dichos fenómenos en una legalidad formulable³.

En 1906 Freud comentaba su opinión sobre el “experimento de la asociación de palabras”, introducido por la escuela de Wundt y utilizado por Bleuler y Jung: “la reacción frente a la palabra estímulo no puede ser algo contingente, sino que por fuerza estará determinada por un contenido de representación presente en quien reacciona (...) este determinismo de la reacción es un hecho asombroso” (p. 88). En este comentario Freud recuerda que años atrás él había publicado “una obra donde sostenía que toda una serie de acciones que se consideraban inmotivadas están, sin embargo, sujetas a un rígido determinismo; así contribuía a restringir el campo del libre albedrío psíquico” (p. 88). Obsérvese que Freud dice “restringir” y no eliminar; sin embargo, si “ni siquiera es posible que a uno se le ocurra al azar un nombre propio, pues se verificará siempre que su ocurrencia estuvo comandada por un poderoso complejo de representación” (p. 89), resta la pregunta ¿qué es lo que queda de azaroso en lo psíquico entonces? Más allá de las respuestas que podamos inferir, también resulta interesante observar que aquí el determinismo aparece connotado heurísticamente: es su creencia lo que guía la investigación.

Freud (1901) dirá que toda ocurrencia que en el yo consciente se presente como “libre albedrío”, no obstante “obedece a un estricto determinismo que realmente no se habría creído posible” (p. 234). Pareciera ser que el descreimiento inicial, que aquí podríamos entender como la suposición de que tales fenómenos no obedecen a ninguna ley, fue convertido a una creencia que los subsume en la legalidad explicativa de la cosmovisión científica⁴. Este pasaje de una conjetura a otra es irreversible para Freud cuando la idea determinista aparece corroborada empíricamente y, por lo tanto, merece considerarse acertada. Es una vía metódica inédita la que le permite a Freud convalidar su hipótesis, en la medida en que si a ciertos fenómenos psíquicos que

³ Va de suyo que la creencia en la explicación nomológica se apoya en suposiciones metafísicas. No obstante, lo que queremos resaltar es el hecho de que Freud no pareciera aludir con ello al determinismo como doctrina sino a la posibilidad de hacer entrar los fenómenos abordados en la órbita de la racionalidad epistémica de la ciencia (basada en explicaciones nomológicas).

⁴ En la tercera conferencia sobre psicoanálisis (pronunciada en la Clark University en 1909 y puesta por escrito posteriormente por él mismo) Freud afirma que en el pasaje de la hipnosis a la asociación libre, su método se ha basado en “un prejuicio cuya legitimidad científica fue demostrada años después en Zurich por C.G. Jung y sus discípulos (...) sustentaba yo una elevada opinión sobre el determinismo de los procesos anímicos y no podía creer que una ocurrencia del enfermo, producida por él en un estado de tensa atención, fuera enteramente arbitraria y careciera de nexos con la representación olvidada que buscábamos” (Freud, 1910a, p. 25). Más tarde recordará que “en el vuelco hacia esa técnica, destinada a sustituir a la hipnosis, desempeñó sin duda un papel la sólida confianza en la existencia de un rígido determinismo dentro de lo anímico” (Freud, 1923a, p. 234).

parecen “desprovistos de propósito se les aplica el procedimiento de la indagación psicoanalítica, demuestran estar bien motivados y determinados por unos motivos no consabidos a la conciencia” (*Ibidem*, p. 233).

El método psicoanalítico se muestra como el principal argumento a favor de la hipótesis determinista, entendiendo aquí por determinismo la posibilidad de reconstruir el conflicto entre las representaciones que derivaron en los fenómenos aparentemente contingentes o insignificantes. Dicho de otra manera, el determinismo al que Freud se refiere en estos pasajes no expresa otra cosa que la hipótesis de motivaciones inconscientes susceptibles de explicar, retroactivamente, ciertos fenómenos que no habían sido justamente considerados o cuyas explicaciones no satisficieron a Freud. Es por ello que podemos decir que la construcción del inconsciente freudiano se da en íntima relación con el supuesto de un determinismo psíquico: es la conjunción de ambas hipótesis lo que permite explicar racionalmente toda la serie de fenómenos que, de otro modo, aparecen como irracionales o azarosos.

Por otro lado, Freud ya en 1909 advertía que “la falta de hábito de contar con el determinismo estricto y sin excepciones de la vida anímica” consistía en uno de los “obstáculos intelectuales” frecuentemente antepuestos a las argumentaciones psicoanalíticas” (Freud, 1910a, p. 48)⁵.

Quizás en base a todo esto se nos vuelva inteligible el rechazo freudiano a la querella de los métodos (Assoun, 1982b). Más allá de las razones de institucionalización (que sin duda alguna son las de mayor peso), el hecho de que Freud no ubicara al psicoanálisis como ciencia del espíritu es coherente con su perspectiva determinista: la *comprensión* es el método que permite conocer los fenómenos humanos a partir de la dilucidación de sus “motivaciones”, asumiendo que estas no resultan determinadas por leyes universales, sino por el libre albedrío de los agentes. Tal y como hemos podido advertir, para Freud los fenómenos humanos están determinados y es por ello que son susceptibles de ser *explicados* por apelación a leyes universales; lo cual legitima la ubicación del psicoanálisis del lado de las ciencias naturales⁶.

⁵ “¡Es asombroso el poco respeto que en el fondo tienen ustedes por un hecho psíquico! Supongan que alguien ha emprendido el análisis químico de una cierta sustancia y para un componente de ella ha hallado un cierto peso, de tantos miligramos. De la cuantía de este peso pueden extraerse determinadas conclusiones. ¿Acaso creen que a un químico alguna vez se le hubiera ocurrido criticar esas conclusiones con el motivo de que la sustancia aislada habría podido tener también otro peso? Todo el mundo se inclina ante el hecho de que era precisamente ese peso y no otro, y sobre él construye, confiado, sus inferencias subsiguientes. En cambio, ¡cuando se presenta el hecho psíquico de que al preguntado le viene una determinada ocurrencia, ustedes no lo admiten y dicen que también habría podido ocurrírsele otra cosa! Es que abrigan en su interior la ilusión de una libertad psíquica y no quieren renunciar a ella. Lamento encontrarme en este punto en la más tajante oposición con ustedes.” (Freud, 1916, p. 43).

⁶ Los extremos de esta vieja y falaz contienda metodológica han sido exaltados también en el campo psicoanalítico; así, por ejemplo Paul Ricoeur (1975) ha iniciado una lectura del método freudiano en clave hermenéutica, mientras que otros como Jean Laplanche (1992) se han opuesto a esta vía. Más allá de lo que Freud afirmaba en sus textos, es posible sostener la idea de que la dicotomía comprensión-explicación encuentra en su teoría y en su praxis una resolución menos radical. Dagfinn Føllesdal (1994) ha propuesto considerar a la hermenéutica como el método hipotético-deductivo aplicado a las significaciones, lo cual podría aportar herramientas

II. B) Características de la noción freudiana de causalidad

Si bien en la obra de Freud hay distintas versiones sobre la causación de los fenómenos psicopatológicos, es posible considerar un vector esencial de hipótesis que ha permanecido invariante a lo largo de las distintas formulaciones etiológicas. En este punto mencionaremos dos hipótesis relativamente constantes en sus teorizaciones: El carácter retroactivo de la significación y la sobredeterminación de los fenómenos psíquicos.

1) La retroacción

Tanto el sustantivo alemán *Nachträglichkeit* como el adjetivo y adverbio *nachträglich*, son los términos comúnmente utilizados por Freud que mejor ilustran lo específico de su concepción causal. Ambos han sido traducidos de diversas formas al español; “con posterioridad”, “posteriormente” y “retroactivamente” son los comúnmente utilizados. Freud refiere con ellos, desde 1896, al acontecimiento psíquico que consiste en la resignificación de las experiencias pasadas a partir de las experiencias presentes, entendiendo por experiencias a toda una serie de fenómenos: impresiones, vivencias, huellas mnémicas y representaciones.

Si bien Freud no hizo explícita una sistematización del concepto y sus implicaciones, este involucra una teoría de la causalidad que aparece interrelacionada con específicas nociones de tiempo, espacio y realidad. Lo novedoso de esta teoría es que supone la posibilidad de que el individuo modifique los acontecimientos pasados, desde el presente; habilitando esto a concebir un tipo de causalidad recursiva, distinta de la lineal.

Para Freud (1896), el aparato psíquico inscribe en su espacio interior el registro de las vivencias del individuo. “La memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos” (p. 274); registro que es teorizado por Freud de diversas formas (huellas mnémicas, signos de percepción, representaciones) y es metaforizado como la operación de presión sobre una superficie, en la que luego quedarán marcas o indicios de la misma. Esas marcas, lejos de registrarse de una vez y para siempre, sufren modificaciones conforme pasa el tiempo: son retranscriptas; “nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción {Umschrift}” (*Ibidem*, p. 276).

La existencia de la huella inscripta, según Freud, varía y no, con esta evolución temporal. Por un lado, las marcas se reescriben modificando sus interrelaciones y, por eso, transformándose: “Cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso excitatorio” (*Ibid*). A la vez que, por otro lado, cada escritura permanece

para representar mejor el lugar del método psicoanalítico en el marco de esa vieja disputa metodológica, al mismo tiempo que brindar otros caminos para su conceptualización.

inalterada en el espacio original. Este aspecto paradójico que Freud postula, dificulta concebir a la retranscripción como un mecanismo de borrado o sustitución, pudiendo ser pensada como una complejización. Freud mismo, varios años más tarde, seguirá sin poder modelizar con metáfora alguna las complejas propiedades de permanencia y cambio del material mnémico. Así lo expresa en una nota al pie agregada en 1907 a la Psicopatología de la vida cotidiana:

Lo inconsciente es totalmente atemporal. El carácter más importante, y también el más asombroso, de la fijación psíquica es que todas las impresiones se conservan, por un lado, de la misma manera como fueron recibidas, pero, además de ello, en todas las formas que han cobrado a raíz de ulteriores desarrollos, relación esta que no se puede ilustrar con ninguna comparación tomada de otra esfera. Teóricamente, entonces, cada estado anterior del contenido de la memoria se podrá restablecer para el recuerdo aunque todos sus elementos hayan trocado de antiguo sus vínculos originarios por otros nuevos (Freud, 1901, p. 266 n64).

Según Laplanche & Pontalis (1993), tres son los rasgos que definen la noción freudiana de posterioridad:

- 1) Ella recae sobre experiencias que, en el momento de ser vividas, no pudieron ser plenamente integradas en el conjunto de significaciones del sujeto (siendo el acontecimiento traumático un ejemplo modelo de ello).
- 2) La posterioridad es activada por acontecimientos experienciales que modifican al sujeto, permitiéndole alcanzar un nuevo tipo de significaciones.
- 3) Las características de la evolución de la sexualidad favorecen el fenómeno de la resignificación.

A nuestro entender, podríamos agregar algunas otras características esenciales, también presentes en la propuesta freudiana:

- 4) Para que se produzca la resignificación es necesaria una distancia temporal entre las retranscripciones (aunque esto no la reduce a una “acción diferida”).
- 5) Las retranscripciones se explican por reordenamientos libidinales⁷.
- 6) La resignificación hace posible que ciertas huellas mnémicas adquieran valor patógeno (eficacia) en un tiempo posterior al de su inscripción en el aparato, como producto de superposición con otras representaciones.
- 7) Las huellas que son resignificadas no se reducen a la historia individual del sujeto sino que también implican la de la especie.

⁷ Aunque muchas corrientes psicoanalíticas posteriores a Freud hayan *renegado* de la perspectiva libidinal, ella es un hecho ineludible en su conceptualización que, de ser prescindido, o bien deja un hueco insalvable en las explicaciones o bien obliga a una reformulación holística que la reemplace. Para un examen más detallado de este aspecto cf. Lahitte, H. B. & Azcona, M. (2012). Consideraciones epistemológicas sobre la modelización conductual: la energética en Freud y en Lorenz. *Revista de Epistemología y Ciencias Humanas*, (4), 26-43.

Según Freud, el papel que una vivencia puede desempeñar en la causación de la neurosis no es debido a su importancia en términos absolutos, sino que la significación de una vivencia (su huella) es independiente de ella: su valor es dado siempre después de su inscripción y retroactivamente. En términos económicos Freud dirá que las vivencias infantiles solo cobran valor *regresivamente*: la libido vuelve a ellas solo después de haber sido expulsada de sus posiciones más tardías.

La inscripción de “marcas” (como categoría de sucesos) es condición necesaria de la retroacción, en la medida en que sin tal inscripción resultaría imposible el movimiento de retorno libidinal y la elaboración de nuevos nexos. Pero cada marca es (en su singularidad) condición suficiente relativa de la retroacción⁸.

Esta forma de considerar la causalidad supone una separación de ella respecto del tiempo entendido linealmente. Lo que funciona como antecedente es el conjunto configurado por las huellas de vivencias y, además, el cúmulo de energía libidinal que retorna a ellas por vía regresiva buscando descarga (satisfacción). Las huellas de vivencias, supone Freud, se constituyen por dos vías diversas: las huellas filogenéticas de las experiencias de los antepasados de la especie (algo que Sheldrake (1990) ha denominado *campos mórficos*) y las huellas de la historia del organismo individual. Es decir, Freud apoyaba su teoría de la causalidad en íntima relación con la teoría pulsional y, por otro lado, suponía la existencia de factores constitucionales aportados por la herencia filogenética⁹ en la producción de fenómenos psíquicos (orden vivido versus orden concebido).

No puede dejar de señalarse cierto carácter paradójico en esta noción freudiana, en la medida en que la situación de retroacción se nos aparece como una forma de causalidad no lineal, en la que el efecto es temporalmente anterior a la causa. Veámoslo con un ejemplo: una vivencia actual permite resignificar una vivencia pasada de manera tal que esta última deviene traumática y, en razón de ello, la vivencia actual resulta intolerable. ¿Dónde radica la causa? Tal y como lo ha mostrado Watzlawick (1981) intentar responder a esta pregunta en términos de la causación clásica es un error y nos conduce a imposturas.

⁸ Siguiendo la caracterización de Von Wright (1971), ante la pregunta de por qué después de un estado *B* ocurrió *C* y no *C'*, siendo que ambas consecuencias eran posibles; puede decirse que conjuntamente con *B* se produjo la circunstancia *P* que inicialmente no consideramos. En contra de lo que podría creerse, *P* no es condición ni suficiente ni necesaria de *C*. Sino que el acontecimiento *P*, en las circunstancias *B*, es una condición suficiente para producir el resultado final *C*. Von Wright sostiene que, en el ejemplo, *P* es una condición suficiente relativa de *C*, en la medida en que es un factor que actúa causalmente solo en la medida en que se inscribe en una constelación dada de circunstancias (*B*). En ese sentido, cada marca o inscripción en el aparato, ubicada en un marco específico de circunstancias, funciona como condición suficiente relativa de su retroacción. El mismo esquema es susceptible de ser aplicado al ponderar el peso que tienen cada uno de los factores de las series complementarias para Freud. Son ejemplos en los que ningún factor, por sí mismo, pareciera ser condición suficiente o necesaria del efecto final, sino que cada factor es “relativo a” o “está en razón de” un conjunto de circunstancias.

⁹ Adoptando una perspectiva lamarckiana, Freud llega a considerar que existe un bagaje de fantasías originarias (Urphantasien) que se transmite de manera filogenética. Esto le hacía posible explicar parcialmente el hecho de que, de manera constante, el relato de los pacientes contenga un invariado núcleo sobre el que giran los contenidos fantaseados.

Con la noción de retroacción Freud pareciera haber partido de supuestos que se oponen a la causalidad lineal¹⁰.

2) *Sobredeterminación*

Según Freud, “nuestro órgano del pensar” se orienta a aprehender “la organización del mundo”.

A nuestra necesidad de hallar causas, necesidad imperiosa en verdad, le satisface que todo proceso tenga una causa rastreable. Pero en la realidad efectiva, fuera de nosotros, difícilmente sea ese el caso; más bien, todo suceso parece estar sobredeterminado, se revela como el efecto de varias causas convergentes (Freud, 1939, p. 104).

Vemos en estas ideas freudianas algunos rasgos de su postura realista: el mundo externo tiene un orden independiente del conocimiento de los sujetos. Ese orden no se podría representar bien (aunque a nuestro *órgano del pensar* le fuera suficiente y a menudo así lo crea) con un modelo monocausal; sino que, por el contrario, todo fenómeno es efecto de múltiples causas convergentes, todo fenómeno está *sobredeterminado*.

Estas propiedades causales (de la supuesta realidad externa) a las que Freud adhiere abiertamente, ya habían sido extrapoladas por él al ámbito de los fenómenos anímicos: el psicoanálisis es “el primero en descubrir la general sobredeterminación de los actos y formaciones psíquicos” (Freud, 1913, p. 103).

Muy tempranamente Freud (1895) había acogido la idea de que “por regla general, las neurosis están sobredeterminadas, o sea que en su etiología se conjugan varios factores” (p. 131). Ahora bien, el tipo de factores y el tipo de relación entre ellos, lejos de haber sido una constante, es un aspecto que ha ido variando en el pensamiento de Freud: tanto la sobredeterminación como la retroacción, son hipótesis que refieren a distintos tipos de entidades en el marco de distintos modelos causales. En lo que atañe al carácter sobredeterminado de los fenómenos psíquicos, dicha evolución teórica dejó como saldo dos acepciones diferentes:

- 1) Por un lado, se refiere a la multiplicidad de significaciones que pueden intervenir convergiendo en la causación de un fenómeno, cuya relación existe con independencia de lo aparente (por ejemplo, diversas representaciones en la producción de un lapsus o un síntoma);

¹⁰ Es oportuno señalar que la perspectiva recursiva de la causalidad que aquí mencionamos, citando a Watzlawick como uno de sus representantes, no le ha sido reconocida a Freud: “el psicoanálisis se atiene a una teoría de la conducta humana que postula una causalidad lineal según la cual el pasado determina el presente” (Watzlawick, 1981, p. 86). Esta idea evidencia una negación rotunda de la hipótesis de la retroacción, nacida con Freud en el campo del psicoanálisis. Aquí sostendremos la hipótesis de que la noción de retroacción implica una suposición no lineal de la causalidad.

- 2) Por otro lado, la sobredeterminación se refiere a una determinación a partir de varias causas de distinto tipo (por ejemplo, una predisposición constitucional conjugada con la huella de una impresión vivida en la infancia). De todas formas, el concepto da cuenta de una *multicausalidad* en la que cada suceso posee una condición suficiente compleja, de tipo conjuntiva¹¹: no hay rasgos aislados que funcionen como condición necesaria sino que la misma está dada por la unión de varios elementos.

Es por ello que para Freud ningún hecho, por sí solo, puede explicar la determinación de un fenómeno psíquico, sino que se necesitan varios factores complementarios. Esta idea merece ser subrayada: Freud no refiere, en sus explicaciones, a una condición suficiente que sea disyuntiva (es decir, en la que distintos elementos actúen de manera individual como condición suficiente), sino que se trata del complemento, la conjunción, de distintas entidades para producir un resultado.

En el ámbito de la técnica psicoanalítica, lejos de lo que podría creerse, la sobredeterminación freudiana no supone la posibilidad de interpretar ilimitadamente un fenómeno. Por el contrario, Freud supone que la interpretación, en tanto que intento de explicar un hecho por sus determinaciones inconscientes, es contrastable con los datos clínicos y, por ende, susceptible de ser correcta o incorrecta: “a cada construcción la consideramos apenas una conjetura, que aguarda ser examinada, confirmada o desestimada” (Freud, 1937, p. 266). Dicho de otro modo, Freud no admite la posibilidad de múltiples interpretaciones igualmente equivalentes. Es por esto que tampoco podría entenderse a la sobredeterminación (desde la primera acepción mencionada) como una lectura en base a líneas paralelas e independientes de sentido.

III. AZAR Y DETERMINACIÓN

“[disposición y azar] determinan el destino de un ser humano; rara vez, quizás nunca, lo hace uno solo de esos poderes” (Freud, 1912, p. 97).

En lo que sigue analizaremos el tratamiento realizado por Freud respecto del azar y del determinismo, entendiendo a este último ya no como la posibilidad de explicar, sino como concepción inherente a la causación. Intentaremos dilucidar el estatuto que tales nociones alcanzan en los planos ontológico y gnoseológico.

¹¹ Siguiendo la distinción trazada por Von Wright (1971).

III. A) Azar ontológico externo y determinismo gnoseológico interior

Veamos como la estructura de la explicación freudiana se apoya, en lo que refiere a la causalidad, en supuestos metafísicos circunscribibles. Freud parte del “distingo entre una motivación desde lo consciente y otra desde lo inconsciente” (Freud, 1901, p. 247) para explicar el determinismo de las acciones que el yo cree realizar azarosamente: “lo que así se deja libre desde un lado, recibe su motivación desde otro lado, desde lo inconsciente, y de este modo se verifica sin lagunas el determinismo en el interior de lo psíquico” (*ibíd.*).

Tal diferenciación entre motivaciones *conscientes* y/o *inconscientes* es al interior del aparato psíquico y se fundamenta en el determinismo. Esta suposición determinista válida para *lo interior*, le permite a Freud (1901) oponerse a la superstición:

No creo que un suceso en cuya producción mi vida anímica no ha participado pueda enseñarme algo oculto sobre el perfil futuro de la realidad. Sí creo que una exteriorización no deliberada de mi propia actividad anímica me revela algo oculto, pero algo que solo a mi vida anímica pertenece; por cierto que creo en una casualidad externa (real), pero no en una contingencia interna (psíquica) (p. 250).

A diferencia del supersticioso, que “se inclina a atribuir al azar exterior un significado que se manifestará en el acontecer real” (*ibíd.*), Freud niega el azar de los procesos intrapsíquicos¹².

En su análisis de Leonardo da Vinci, Freud culmina haciendo una serie de reflexiones sobre el determinismo y el azar. Allí sostiene que “cuando se considera al azar indigno de decidir sobre nuestro destino, ello no es más que una recaída en la cosmovisión piadosa cuya superación el propio Leonardo preparó al escribir que el Sol no se mueve” (Freud, 1910b, p. 127); es decir, que negar el papel del azar implicaría, para Freud, la regresión a una cosmovisión precientífica. Continúa diciendo el vienes: “de buena gana olvidamos que en verdad todo es en nuestra vida azar, desde nuestra génesis por la unión de espermatozoide y óvulo, azar que como tal tiene su parte en la legalidad y necesidad de la naturaleza, solo que no posee vínculo alguno con nuestros deseos e ilusiones” (*Ídem*). Destaquemos que en esta parte del mencionado texto Freud está intentando resaltar el papel de las vivencias infantiles en la constitución de las características del psiquismo adulto. En ese sentido es que sostiene una *partición de nuestro determinismo vital*, es decir, de los factores determinantes de la constitución psíquica, en dos: “las «necesidades» de nuestra constitución y las «contingencias» de nuestra niñez” (*Ídem*).

¹² Según Freud, buena parte de las creencias religiosas y mitológicas de todos los tiempos son susceptibles de ser explicadas como “*psicología proyectada al mundo exterior*” (*ibíd.*); y es por eso que toda realidad suprasensible debería ser mudada por la ciencia en “*psicología de lo inconsciente*”, trasponiendo así “*la metafísica en metapsicología*” (*ibíd.*)

Como se advierte, de las referencias anteriormente citadas puede inferirse una postura freudiana orientada a concebir el azar en un sentido ontológico: él es parte del mundo (exterior). En oposición a ello, continuaremos examinando las referencias freudianas y resaltaremos pasajes que connotan una posición opuesta: el azar entendido gnoseológicamente.

III. B) Determinismo ontológico y azar gnoseológico

En el marco de esta segunda posición, azar es el nombre que Freud le dio al encuentro de un organismo con las “contingencias” de su entorno, debido a la imposibilidad gnoseológica de poder prever las determinaciones previamente existentes.

En la ya citada conferencia sobre los actos y operaciones fallidas, Freud examina la opinión del hombre que desestima toda necesidad de explicación para ellos, por ser “pequeñas contingencias”, y contesta:

¿Qué entiende nuestro hombre con eso? ¿Quiere decir que hay sucesos tan ínfimos que se salen del encadenamiento del acaecer universal, y que lo mismo podrían no ser como son? Si alguien quebranta de esa suerte en un solo punto el determinismo de la naturaleza, echa por tierra toda cosmovisión científica (Freud, 1916, p. 25).

Al detenernos en este pasaje divisamos, por las expresiones “encadenamiento del acaecer universal” y “determinismo de la naturaleza”, que Freud parece apoyarse en una concepción ontológica del determinismo que excluye plenamente al azar. De allí el carácter de *necesidad* que pareciera adjudicarle a la existencia de los fenómenos, de forma tal que *no podría ser lo mismo que sean o no*; dicho en otras palabras: la existencia no puede ser obra de la indeterminación.

Este determinismo es, según Freud (1916), un componente esencial de la cosmovisión científica:

Ya en una ocasión anterior me permití reprocharles que existía profundamente arraigada en ustedes una creencia en la libertad y la arbitrariedad psíquicas, creencia en todo acientífica y que debe ceder ante el reclamo de un determinismo que gobierne también la vida anímica (p. 96)¹³.

Pareciera ser que el adverbio de afirmación (“también”) nos habilita a pensar que el determinismo que Freud traslada a lo psíquico es, para él, inherente a un dominio mayor (el mundo real externo).

Esto último resulta aparentemente contradictorio con su afirmación (mencionada más arriba) respecto de la existencia del “azar externo”. Podríamos interpretar aquí también este uso de la noción del “determinismo” en la primera acepción que hemos discriminado: simplemente como la posibilidad de subsumir los fenómenos

¹³ El subrayado es nuestro.

en una legalidad explicativa. No obstante, el contexto en el que Freud despliega esas manifestaciones da la pauta para una interpretación más radical: la de un compromiso específico a nivel metafísico.

III. C) Una división freudiana

En base al contraste de las posiciones anteriormente dilucidadas, pareciera necesario preguntar si es posible dar alguna coherencia sintética a esta contradicción. Inicialmente dilucidamos que Freud atribuye cierto lugar al azar, creyendo que este forma parte del *mundo real externo* (pero descrea del azar en el *mundo interno* o psiquismo). Ulteriormente inferimos un posicionamiento más radical y ligado al determinismo en un sentido que podríamos denominarla placeano: el azar no es otra cosa que efecto de nuestra ignorancia del determinismo¹⁴.

Sintetizando la ambigüedad del posicionamiento freudiano, podemos decir que por un lado pareciera creer en el azar externo y por otro lado pareciera creer en el determinismo exhaustivo de los fenómenos externos. Quedando fuera de discusión el ámbito de los fenómenos psíquicos (internos), puesto que de ellos Freud sostiene su sobredeterminación motivacional y excluye al azar (ontológicamente hablando)¹⁵.

No obstante, si le adjudicáramos a Freud adhesión plena al principio metafísico de la determinación causal (posición que se correlaciona con su perspectiva realista ontológica) y supusiéramos que el azar es entendido siempre por él como la ignorancia de ciertas determinaciones causales (posición que se vincula con su perspectiva agnóstico gnoseológica), estaríamos cercenando, como hemos visto, gran parte de sus formulaciones. En lugar de privilegiar ciertos aspectos de su obra, a los fines de obtener un hermetismo convincente, queremos dejar planteado cierto nivel de contradicción o desencuentro de posturas al interior de su pensamiento. Nuestra perspectiva se orienta desde el supuesto de que el sujeto no puede sustraerse del fenómeno que

¹⁴ Laplace supo formular su posición determinista en un célebre pasaje: “Hay, pues, que considerar el estado actual del universo como efecto de su estado precedente y como causa del que lo sucederá. Una inteligencia que en un determinado instante pudiera conocer todas las fuerzas que impulsan la naturaleza y la respectiva posición de los seres que la componen y que, además tuviera la suficiente amplitud para someter esos datos al análisis, incluiría en una sola fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y los más ínfimos átomos; nada le escaparía y tanto el pasado como el futuro estarían en su presencia”. (Laplace, 1820, p. 9).

¹⁵ A esta altura debemos recordar que, tal y como lo ha señalado José Perrés (1986) la conceptualización teórica que Freud hace de la realidad excede la clásica dicotomía subjetividad-exterioridad. Si bien en términos ontológicos Freud se orienta desde el realismo, al teorizar la constitución del aparato psíquico él se basó en el supuesto de que la distinción adentro-afuera no está presente desde el origen y es el viviente quien la traza (lo cual se aproxima a la idea de *autopoiesis*, en el sentido de Maturana & Varela, 1998). Para Freud, lo exterior se localiza tanto en el mundo real objetivo como en el interior del aparato psíquico [para el Yo, el Ello “*es su otro mundo exterior*” (Freud, 1923b, p. 56) y “*el Superyó sigue cumpliendo para el Yo el papel de un mundo exterior, aunque haya devenido una pieza del mundo interior*” (Freud, 1938, p. 208)]. Ahora bien, tanto el Ello como el Superyó son modelos que no contemplan el azar en su funcionamiento. Esto nos sugiere al menos dos señalamientos: por un lado, que el problema de la realidad y el de la causalidad son indisociables en su abordaje; por otro lado y como consecuencia, que esta complejización del problema interior-exterior no debería olvidarse al intentar dilucidar el papel de la causalidad.

desea explicar, razón por la que no debería quedar por fuera del campo argumental: toda explicación que no involucre a quien explica no podría considerarse una explicación científica (Lahitte, 1995). Las explicaciones freudianas muestran, en torno de la causalidad, cierta contradicción que merece ser explicitada antes que obturada.

IV. Vigencia del problema de la determinación

“hay siempre un elemento aparentemente arbitrario, compuesto de casualidades personales e históricas, que constituye una parte componente de las creencias abrazadas por una comunidad científica dada en un momento dado” (Kuhn, 1962, p. 62).

En los supuestos freudianos relativos a la causalidad encontramos una serie de argumentos difíciles de conciliar. La raigambre de esta dificultad no parece ser propia de este tema, puesto que en otros tópicos se advierten problemas similares. Por esto mismo, sostenemos que hay una interconexión insoslayable en el ámbito del discurso freudiano y que el abordaje de la noción de causalidad no puede ser llevado a cabo prescindiendo de examinar otros supuestos fundamentales como los de la realidad, el tiempo y el conocimiento, entre otros.

En diversos desarrollos del psicoanálisis contemporáneo (o incluso en otras disciplinas) es común ver cómo son utilizados varios de los conceptos y teorías freudianas, sin reparar en los fundamentos que les dieron lugar y bajo la pretensión de una continuidad que resulta meramente ilusoria. Al utilizar la propuesta freudiana debería explicitarse si se comparte tal o cual fundamentación, o si es necesario construir otras premisas desde las cuales seguir desarrollando e implementando los conceptos. Sea cual fuere el caso, en lo que al psicoanálisis respecta, la revisión crítica de los fundamentos filosóficos freudianos deviene una tarea necesaria.

En el marco de ese afán, importantes preguntas permanecen abiertas: ¿Podría el psicoanálisis seguir creyendo en la coherencia de un modelo teórico que se basa en la importación de hipótesis descartadas en las ciencias que la han aportado?, ¿es posible sostener una teoría psicoanalítica manteniendo algunos de los supuestos freudianos pero soslayando y reemplazando otros?, ¿hay en el psicoanálisis freudiano elementos suficientes para elaborar una concepción distinta respecto de la causalidad? Posiblemente, un esbozo coherente de respuesta a estas preguntas no pueda provenir exclusivamente de la tradición freudiana. Así como Freud se apoyó en la ciencia y filosofía de su época para fundamentar su propuesta teórica, el psicoanálisis actual podría relacionarse con los dominios cognoscitivos lindantes en la búsqueda de un saber diagonal respecto de lo humano.

En la actualidad, partir de premisas que disocian el sujeto hacedor de ciencia respecto de su producción, resulta ser insostenible. No debemos olvidar que los datos que manejamos no son objetos, sino recuerdos, registros o descripciones de los

mismos: una recodificación entre quien investiga y un referente. El mito de la objetividad debería ceder paso a modelos epistemológicos que contemplen la relación del sujeto cognoscente con sus experiencias fenoménicas y los argumentos producidos para explicarlas. En esta dirección, el supuesto de causalidad que se adopte no debería soslayar el supuesto de que el observador forma parte del dominio de la experiencia implicado en su observación y, por ende, la validación de los argumentos solo puede realizarse contra el propio contexto observacional (Lahitte & Hurrell, 1999).

REFERENCIAS

- Aristóteles (1996). *Acerca del cielo. Meteorológicos*. (Trad. Candel, M.). Madrid: Gredos.
- Assoun, P. L. (1982a). *Freud la filosofía y los filósofos*. Barcelona: Paidós.
- Assoun, P. L. (1982b). *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo XXI.
- Bohr, N. (1930). Philosophical Aspect of Atomic Theory. *Nature*, 125, 958.
- Føllesdal, D. (1994). Hermeneutics and the Hypothetico-Deductive Method. En Martin, M. & McIntyre, L. C. (eds.), *Readings in the Philosophy of Social Science*. (pp. 233-245). Cambridge: The MIT Press.
- Freud, S. (1895). A propósito de las críticas a la “neurosis de angustia”. En *Obras Completas Sigmund Freud* (Tomo III). (pp. 117-138). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). Carta 52. En *Obras Completas* (Tomo I). (pp. 274-280). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas* (Tomo VI). (pp. 3-281). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1906). La indagatoria forense y el psicoanálisis. En *Obras Completas* (Tomo IX). (pp. 87-96). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910a). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En *Obras Completas* (Tomo XI). (pp. 1-44). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910b). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras Completas* (Tomo XI). (pp. 53-129). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras Completas* (Tomo XII). (pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En *Obras Completas* (Tomo XIII). (pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas* (Tomo XV). (pp. 9-446). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923a). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». En *Obras Completas* (Tomo XVIII). (pp. 296-308 y 377-383) Buenos Aires: Amorrortu (2002).
- Freud, S. (1923b). El yo y el ello. En *Obras Completas* (Tomo XIX). (pp. 49-50). Buenos Aires: Amorrortu (2003).
- Freud, S. (1937). Construcciones en el análisis. En *Obras Completas* (Tomo XXIII). (pp. 255-278). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938). Esquema del Psicoanálisis. En *Obras Completas* (Tomo XXIII). (p. 47). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1939). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras Completas* (Tomo XXIII). (pp. 94-132). Buenos Aires: Amorrortu.

- Heisenberg, W. (1927). Über den anschaulichen Inhalt der quantentheoretischer Kinematik und Mechanik. *Zeitschrift für Physik*, 43 (3-4), 172-198.
- Kuhn, T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lahitte, H. B. (1995). *Epistemología y Cognición*. Departamento de Teoría e Historia de la Educación. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Lahitte, H. B. & Hurrell, J. A. (1999). *Sobre La integración de las Ciencias Naturales y Humanas*. Buenos Aires: L.O.L.A.
- Lahitte, H. B. & Azcona, M. (2012). Consideraciones epistemológicas sobre la modelización conductual: la energética en Freud y en Lorenz. *Revista de Epistemología y Ciencias Humanas*, (4), 26-43.
- Laplace, P. S. (1820). *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*. Buenos Aires: Espasa-Calpe (Trad. al Castell. De A. B. Besio y José Banfi, 1947).
- Laplanche, J. (1992). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. & Pontalís, J. B. (1993). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Maturana, H. & Varela, F. (1998). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: La organización de lo vivo*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Perrés, J. (1986, septiembre). *El problema de la realidad en la obra de Freud*. Ponencia presentada en el segundo Simposio del Círculo Psicoanalítico Mexicano, "Psicoanálisis y Realidad", efectuado en Guadalajara, Jal., México.
- Platón (2005). *Timeo*. Buenos Aires: Colihue.
- Ricoeur, P. (1975). *Hermenéutica y psicoanálisis*. Buenos Aires: La Aurora.
- Sheldrake, R. (1990). *La presencia del pasado. Resonancia mórfica y hábitos de la Naturaleza*. Barcelona: Kairós.
- Von Wright, G. H. (1971). *Explicación y comprensión*. Madrid: Alianza.
- Wagensberg, J. (Ed.) (1986). *Proceso al Azar*. Barcelona: Tusquets.
- Watzlawick, P. (1981). *La realidad inventada*. Barcelona: Gedisa.